

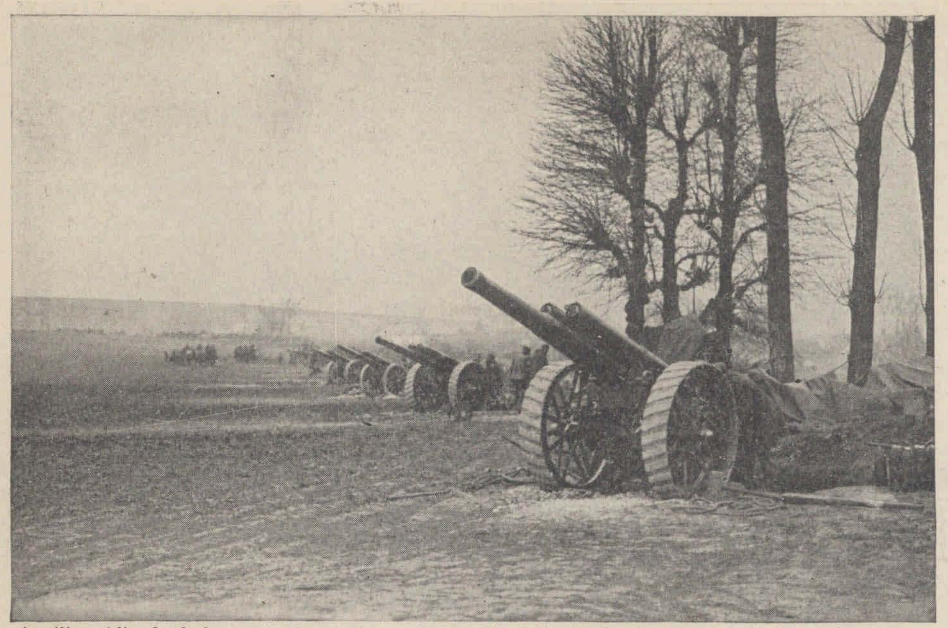
Destacamento de ingenieros alemanes haciendo alto en el camino.

LA GUERRA EUROPEA (1914-18)—I

ALEMANIA, RUSIA Y AUSTRIA-HUNGRÍA

HE aquí tres grandes Imperios, rivales en la Historia, por su grandeza, de aquel antiguo Imperio romano y del vasto dominio napoleónico. Los tres han caído ruidosamente a los golpes de la guerra más cruel que han conocido los siglos: esa guerra que ha sacudido al mundo entero desde el día 4 de agosto de 1914 hasta el 11 de noviembre de 1918. Antes de la declaración de la guerra, esos tres Imperios representaban, no ya en Europa, sino en el mundo entero, el esfuerzo más vivo y tenaz hacia la dominación de los demás pueblos. Hasta el formidable Imperio británico parecía temer el avance de estas otras fuerzas. Dos de esos grandes Estados (Alemania y Austria-Hungría) se habían aliado para hacer invencible la potencia de sus ejércitos. El tercero (Rusia), en plena reconstitución después de la derrota que le infligieron en 1904-1905 los ejércitos japoneses, durante la guerra de la Manchuria, mantenía cada día más fuerte su alianza con Francia y su inteligencia con Inglaterra, a fin de contrarrestar la eficacia de la unión austroalemana.

Entre todas las naciones organizadas para la guerra, ninguna más temible en 1914 que el Imperio alemán. Una propaganda continua, alentada por el propio emperador, Guillermo II, que quería sobrepasar a Napoleón *el Grande*, había convencido a los alemanes de que la Providencia les reservaba una misión divina sobre la tierra. Según los propagandistas de la dominación alemana, debía constituírse hacia 1950 la «Gran Alemania», que sería dueña y señora de toda la Europa central, del continente negro, de Holanda, Bélgica, Suiza; de vastos territorios arrebatados a Francia y a Rusia, y, acaso, de muy grandes extensiones de terreno que Alemania se reservaría en la América del Sur. Dentro del Imperio sólo una casta dominaba: la militar. El oficial del Ejército imperial era tenido como representante de todos los privilegios, y nadie osaba disputarle las más altas consideraciones y los honores primeros. En realidad, Alemania entera se había convertido en un inmenso cuartel. Su fuerza militar era acaso la más poderosa que el mundo haya conocido: ni las huestes de Aníbal, ni las de Alejandro, ni las de César, ni las de Carlomagno, ni las de Federico *el Grande,* ni siquiera las de Napoleón, podrían igualar en potencia a las huestes de su majestad el emperador Guillermo II, para quien el mundo no era otra cosa que un lugar destinado a servir de alojamiento a los regimientos imperiales. Un inmenso dominio colonial era el final de los sueños germánicos. Ya desde Bismarck las cosas se habían ido preparando a este efecto. Poseía Alemania en el Pacífico las islas Marshall, las Carolinas, el archipiélago de Bis-

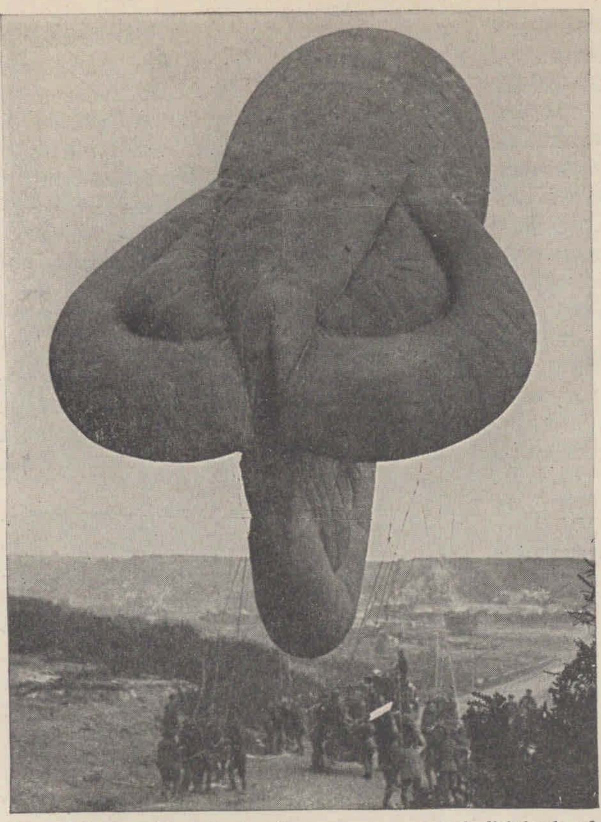


Auxiliar obligado de la guerra de trincheras es el cañón de largo alcance, que en número como jamás se hubiera imaginado batía las trincheras enemigas durante horas y horas antes de comenzar un ataque.

marck, Samoa, Kiao-Chao, con la península de Chantung, en China, y en Africa, los Camarones, el Suroeste africano alemán y el Este africano. Pero sus ambiciones iban más lejos. Quería inmediatamente arrebatar a Portugal Mozambique y Angola, el Congo a Bélgica y Marruecos a Francia. Luego vendría el quedarse con Argelia, y, por fin, el disputar a los ingleses la posesión de otras importantísimas colonias. Alemania creía tener asegurado su dominio. ¿Quién osaría oponerse a un avance de sus ejércitos? Por otra parte, la Marina de guerra, que iba preparando, de acuerdo con el emperador, un expertísimo Cuerpo de peritos, al frente de los cuales figuraba el almirante von Tirpitz, amenazaba con oponer a la Marina inglesa una línea de cruceros de batalla capaz de luchar con probabilidades de éxito por la victoria sobre el mar. Al amparo de esta fuerza enorme, Alemania desarrollaba hasta extremos inverosímiles su Marina mercante y su expansión comercial. Conquistaba, sin reparar en medios y sin hacer caso de escrúpulos de procedimiento, todos los mercados más importantes de la tierra. En suma: el Imperio alemán era en 1914 una de las más colosales organizaciones políticas que haya albergado el mundo. Al frente de esa organización, Guillermo II, omnipotente, creyéndose un místico enviado de Dios, era adorado por todos sus súbditos. Y el príncipe heredero constituía el ídolo de las clases militares, porque veían en él la más firme representación del militarismo y del espíritu guerrero. En estas condiciones llegaba el Imperio alemán al borde de la guerra terrible que había de dar en tierra con tanto poderío y tanta grandeza.

LA RUSIA DE LOS ZARES

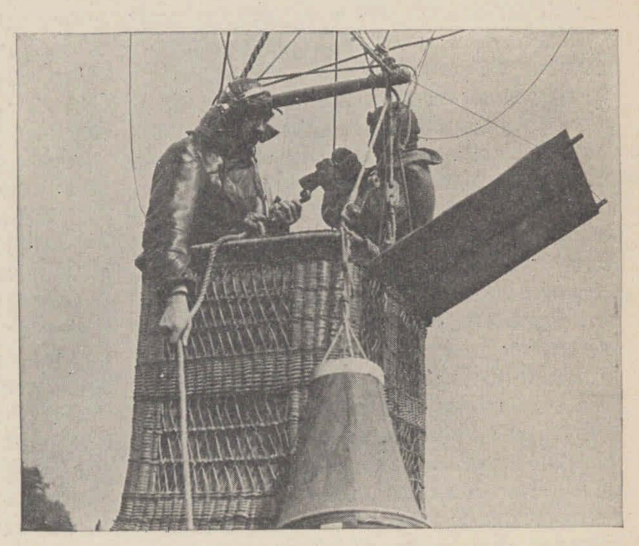
Otro de los hechos históricos más importantes que aparecían a los ojos de los hombres en vísperas de la guerra mundial era el engrandecimiento del Imperio ruso. Después de aquella sangrienta derrota de 1904 y de la convulsión revolucionaria que sufrió la tierra de los zares en 1905, Nicolás II, hombre de temperamento pacificador, pero dominado por todo género de sugestiones, había ido dotando a su Imperio



Los globos cautivos desempeñaron un gran papel dirigiendo el fuego de la artillería.

sueños germánicos. La corte de Rusia, toda pompa y esplendor, era una de las más ricas. Los zares tenían tan bajo su dominio a todos los pueblos rusos, que más que una nación de hombres libres, Rusia era un enorme Imperio dictatorial de esclavos militarizados. Ya se sabía que, en caso de guerra, el ejército ruso, reformado, reorganizado bajo la dirección de elementos franceses y encuadrado por generales muy valerosos y expertos, pesaría como factor principalísimo. En repetidas ocasiones el emperador de Alemania, para alejar de su lado el peligro ruso, quiso convencer a Nicolás II de que debía pactar con el Imperio alemán. Este es el recuerdo que queda de aquellas famosas conferencias del Báltico, durante las cuales la habilidad del ministro de Negocios Extranjeros ruso, M. Iswolsky, evitó que el zar, abúlico, tímido y fácilmente sugestionable, cayera en las mallas que le tendía la diplomacia alemana. En la corte de Petrogrado (San Peters-

de los medios de engrandecimiento que consideraba necesarios para restablecer su fuerza, perdida en la lucha con el Japón. Desde los confines helados de la Siberia hasta las tristes llanuras polacas, inmensos territorios pertenecían a la corona de Rusia, y a través de todos ellos se organizaba un formidable poderío militar. La alianza de Rusia con Francia no tenía otro objeto que impedir las expansiones con que soñaba Alemania. Más tarde, entre Eduardo VII, rey de Inglaterra, y Nicolás II, zar de Rusia, se convino una secreta amistad e inteligencia, que, apoyada a su vez en Francia, constituía una fuerte unión frente a los



Los observadores de los globos cautivos iban provistos de mapas, teléfono, y un paracaídas con que poder descender en caso de accidente.

burgo antes de la guerra) predominaban los espíritus supersticiosos y fanáticos, se organizaban grandes orgías, había echado raíces el placer y el fausto. Las grandes duquesas y los generales, los consejeros de la corte, las damas de honor, los sacerdotes, tenían secuestrada la voluntad del zar y evitaban que éste diese satisfacción a las demandas populares. En realidad, aquel Imperio ruso era una espléndida fachada que ocultaba un interior de miseria, de relajamiento moral y de podredumbre. Bien quedó ello demostrado con la estrepitosa caída que sufrió en plena guerra, después de las más sangrientas derrotas.

IMPERIO AUSTRO-HUNGARO

En su afán de hacer indestructible la fuerza del Imperio alemán, Guillermo II se aplicó a formar un bloque en toda la Europa central. Para ello firmó una alianza con Austria-Hungría, que a la sazón estaba regida por el viejo emperador Francisco José. Austria-Hungría, que era un mosaico de nacionalidades, se mantenía unida gracias al prestigio militar y social de la dinastía de los Habsburgo. De un lado, los checo-eslovacos demandaban la independencia de Bohemia, riquísimo florón de la corona imperial; los croatas y dálmatas, unidos a eslovenos y otros pueblos de nacionalidad yugo-eslava, se agitaban frecuentemente por separarse de Austria. En Galitzia, los polacos reclamaban su libertad, del mismo modo que la Polonia alemana y la Polonia rusa eran otros formidables centros de agitación. Los rumanos, dominados por Hungría en Transilvania, se encontraban asimismo incómodos en su unión a la corona de San Esteban. Y, en fin, la existencia de pueblos italianos dominados por Austria constituía otra de las preocupaciones austro-húngaras. A pesar de todo, Francisco José dominaba su Imperio con mano de hierro. En Hungría encontraba una aristocracia y un ejército que estaban siempre dispuestos a formar en vanguardia para mantener la unidad imperial. Y, por su parte, Alemania ayudaba cuanto le era posible a Austria, reforzaba sus milicias con material de primer orden, le facilitaba medios de todas clases para que consolidara su poderío, y la empujaba a mantener a raya las ambiciones servias, que ansiaban reconquistar los territorios de Bosnia y Herzegovina, arrebatados por Austria.

ORIGENES Y CAUSAS DE LA GUERRA

En medio del choque producido entre los anhelos servios y la política de expansión austro-húngara, surgió la chispa que encendió rápidamente la guerra mundial.

El 28 de junio de 1914 hacía una visita oficial a la ciudad de Sarajevo, capital de Bosnia, el archiduque heredero de Austria, Francisco Fernando, a quien acompañaba su esposa, la condesa de Chotek. Sobre el coche archiducal cayeron varias bombas, al mismo tiempo que un estudiante llamado Prinzip, afiliado al anarquismo, disparaba con su revólver y mataba a los archiduques. Hay quien sostiene—la sospecha parece bastante infundada—que la propia policía austriaca fué la que organizó el atentado, creyendo que todo quedaría en una farsa y que ello serviría de pretexto para declarar la guerra a la pequeña Servia. Lo más verosímil es suponer que el atentado se fraguó en alguna sociedad secreta servia, violentamente patriótica, y que, una vez cometido, vió Austria en él un motivo suficiente para realizar la política que Alemania apoyaba de expansión hacia Turquía, a fin de conseguir la anulación de la fuerza balcánica.

Cuando unidos los pueblos balcánicos—Servia, Bulgaria y Montenegro—con Grecia se lanzaron a la guerra contra los turcos—guerra de 1912—, Alemania y Austria creyeron que podrían contar con una victoria turca, y que, por tanto, encontrarían ocasión propicia de extender los dominios de Europa central hacia Oriente con poco riesgo y escaso esfuerzo. Pero la grave derrota que los turcos sufrieron y el re-

parto que de la Turquía europea hicieron entre sí los vencedores, obligaron a Austria a tener una política más dura y más vigilante sobre sus vecinos los pueblos balcánicos.

De pronto, en pleno reparto de los despojos turcos, pelean entre sí los vencedores. Todos querían llevarse la mejor parte, y acabaron declarándose la guerra. Bulgaria, que tenía la principal fuerza militar, atacó a servios y griegos, apoyada en secreto por Austria. Pero la intervención de Rumania produjo la derrota de los búlgaros. Ahora bien; Austria no podía consentir que se crease una Gran Servia, y, por otra parte, le convenía mantener la discordia y la irritación entre los pueblos balcánicos, pues esto la favorecía, y podía en alguna ocasión permitir a Austria una victoria fácil.



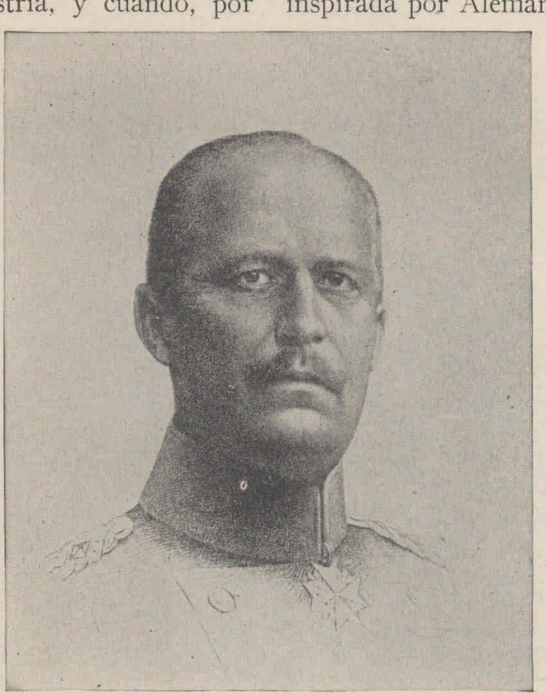
Artillería ligera haciendo fuego en campo abierto.

En resumen: lo que Austria pretendía en los Balcanes era ni más ni menos que apoderarse de una buena parte de los frutos que la victoria sobre Turquía había proporcionado a los servios.

A esto se añadía la entrañable amistad de Alemania con Turquía, pues Guillermo II tenía en el Imperio otomano una considerable fuerza, que podría utilizar a su antojo contra los propios Balcanes y contra Rusia, además de servirse de las costas para amenazar la hegemonía de Inglaterra. Por ello se dedicaba el káiser a favorecer cuanto podía al Imperio turco, separándolo hábilmente de Francia, a la que le había unido antaño gran amistad, y organizando, con medios alemanes, un ejército que, como se vió en la gran guerra, podía llegar a ser temible en las batallas.

De este modo constituída la alianza de Alemania, Austria e Italia contra la triple inteligencia de Francia, Rusia e Inglaterra, creía Alemania que la balanza se inclinaría a su lado en cuanto añadiese al pacto de la Tríplice una inquebrantable adhesión de Turquía y un compromiso de apoyar a los alemanes cuando hubiera sonado la hora de las batallas. Divididas las más grandes fuerzas de Europa en esos dos bandos, Alemania colmó la medida de la inquietud y del desequilibrio cuando el mundo pudo observar que su protectorado moral sobre Turquía no tenía otro objeto que preparar una formida-

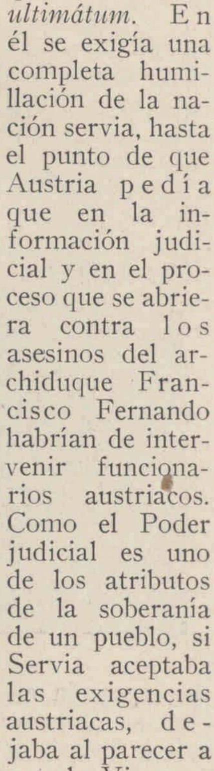
ble expansión guerrera y económica hacia Arabia, hacia Egipto y hacia la India. Con ello daría un golpe en medio del corazón a la inmensa fuerza del Imperio británico, y, logrado esto, ya nadie se atrevería a levantar la cabeza ante la espada de Alemania. Tal era la situación de Europa cuando cayó muerto en Sarajevo el archiduque Francisco Fernando de Austria, y cuando, por consecuencia del atentado, Austria se dispuso a humillar y, si era preciso, a aplastar a Servia. ¿Quién se cruzaría en el camino que el Imperio austro-húngaro, apoyado por Alemania, iba a recorrer?



Retrato del general Ludendorff, jefe del Gran Estado Mayor alemán durante gran parte de la guerra, y acaso la persona que más hizo por sostener y encauzar las enormes energías que su país consumió en la terrible contienda. Sus notorios errores no empañarán lo más mínimo el juicio que merecerá a la Historia.

No debe olvidarse que cuando Austria, envalentonada por el apoyo de Guillermo II, arrebató a Servia las provincias de Bosnia y Herzegovina, Rusia protestó. Bien es verdad que de nada sirvió entonces la protesta. Pero más tarde Rusia declaró que no podría tolerar ningún atropello contra uno de los pueblos balcánicos pertenecientes a la gran familia eslava. Así, pues, Rusia sería la que había de oponer un muro diplomático a las pretensiones de Austria y Alemania, la que, al saltar ese muro, provocaría la gran conflagración mundial. Puede decirse que, en líneas generales, la declaración de guerra entre los grupos de las potencias más fuertes de Europa fué un episodio más, el último episodio, de la guerra balcánica de 1912.

Desde el 28 de junio, fecha de la muerte violenta del archiduque Francisco Fernando, hasta el 23 de julio del mismo año de 1914, Europa sintió la terrible inquietud de no saber lo que ocurriría. Fuerzas misteriosas trabajaban en diversos sentidos, y mientras unos se esforzaban en mantener la paz, otros atizaban en la sombra las pasiones de la guerra.



Por fin, el día 23 de julio, Austria, inspirada por Alemania, envió a la pequeña Servia un *ultimátum*. En él se exigía una completa humillación de la nación servia, hasta el punto de que Austria pedía que en la información judicial y en el proceso que se abriera contra los asesinos del archiduque Francisco Fernando habrían de intervenir funcionarios austriacos. Como el Poder judicial es uno de los atributos de la soberanía de un pueblo, si Servia aceptaba las exigencias austriacas, dejaba al parecer a disposición del Gobierno de Viena su administración de justicia, y, por tanto, renunciaba a su soberanía. He ahí por qué parecía absolutamente imposible que Servia aceptase el *ultimátum*. A pesar de todo, el Gobierno de Servia, aconsejado por los representantes de Francia, Inglaterra y Rusia, aceptó las condiciones de Austria, formulando solamente ligeras reservas acerca de algunos puntos. La contestación de Austria, incomprensible, asombrosa, fué la declaración de guerra.

Este golpe dirigido contra Servia alcanzaba, en realidad, también a Ru-

sia, y al saberse en Rusia que Austria-Hungría ordenaba la movilización de sus tropas, y que, además, también se movilizaba en secreto el ejército alemán, se ordenó, por un decreto del zar Nicolás II, que se prepararan todos los ejércitos de mar y tierra del Imperio ruso.

El 28 de julio se declaró la guerra austriaca contra Servia, y fué bombardeada por monitores austriacos la ciudad de Belgrado; el 29 se hizo la movilización austro-húngara hacia las fronteras de Rusia; el 30 de julio se moviliza el ejército alemán, y ese mismo día adopta igual resolución el ruso. El 31 de julio Alemania, en vista de que Rusia moviliza y de que Francia adopta asimismo algunas medidas de precaución, dirige un doble *ultimátum* a ambas potencias. El 1 de agosto declara Alemania la guerra a Rusia; el 3 del mismo mes declara la guerra a Francia. Mientras tanto, el gran enigma, el terrible enigma era la actitud de Inglaterra. ¿Se inclinaría del lado de Rusia y Francia, puesto que con ellas había pactado amistad? ¿Se mantendría neutral ante la pelea? Durante los preliminares diplomáticos de la declaración de guerra, el Gobierno inglés había hecho sobrehumanos esfuerzos para evitar la lucha. El pueblo era en Inglaterra opuesto a toda violencia. Quizá por estas razones Alemania había creído de buena fe que Inglaterra no modificaría su actitud pacífica. Pero he aquí que en el día 2 de agosto, Alemania pide a Bélgica que deje pasar a través de su territorio las tropas imperiales. Bélgica replica que no puede consentir semejante cosa, porque eso equivaldría a perder su independencia. Entonces Alemania, a pretexto de que los franceses tratan de cruzar el río Mosa, declara la guerra a Bélgica, rompe todos los pactos que garantizaban la neutralidad del suelo belga y avanza sobre él. Inglaterra en tal ocasión considera que no puede tolerar semejante atropello al derecho de gentes y de un pueblo pequeño, y después de haber agotado todos los recursos para evitar que Alemania desencadenara los horrores de tal conflagración, decide, en ocasión memorable (4 de agosto), que se declare la guerra contra el Imperio alemán, colocándose, por tanto, al lado de Francia y de Rusia.

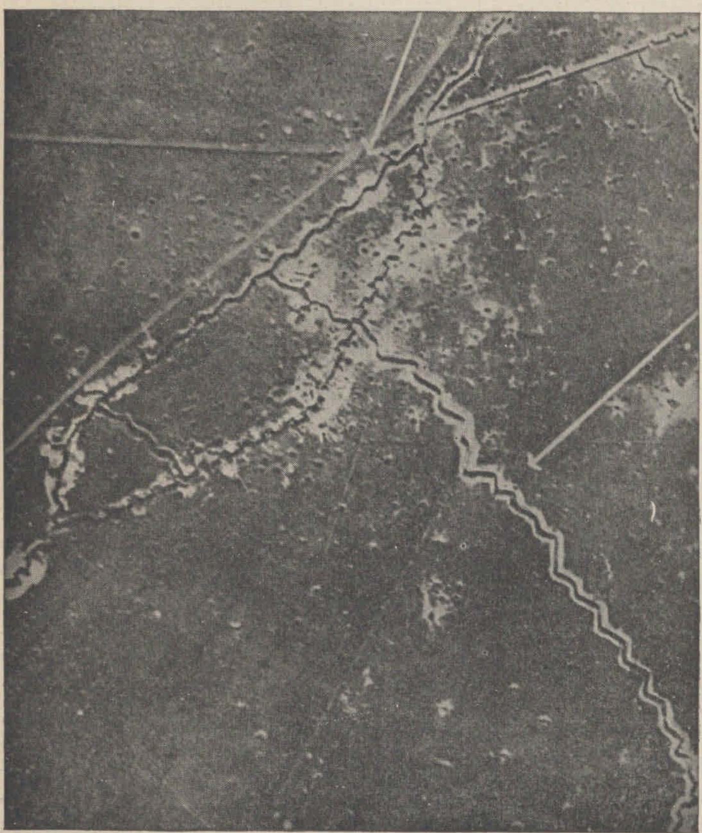
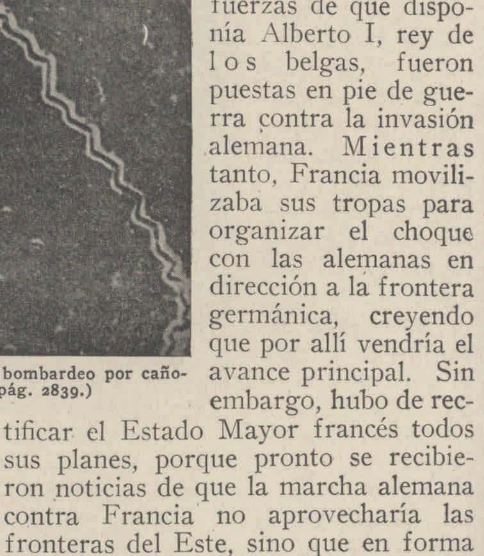


El mariscal Foch, jefe del Estado Mayor del ejército de Francia. Su nombramiento como generalísimo de las fuerzas aliadas señala el principio de la campaña final de la victoria.

Otro de los hechos culminantes de ese momento de la declaración de guerra es que de las tres naciones que formaban bloque con Alemania, una, la que siempre había producido sospechas en el ánimo del káiser, Guillermo II, se negaba a entrar en la guerra al lado de sus aliados y declaraba su neutralidad; esta nación era Italia. Así estalló la más vasta conflagración que han conocido los siglos y comenzó la tremenda guerra, en la que lucharon: de un lado, Alemania y Austria-Hungría, y del otro, Rusia, Francia, Inglaterra, Bélgica y Servia.

DESARROLLO DE LA GUERRA DESDE 1914

La guerra comenzó en Occidente. Chocaron los ejércitos de Francia y de Alemania. Esto respondía al plan alemán, según el cual se debía destruir el ejército francés en seis semanas, y volver luego todas las fuerzas imperiales contra Rusia, a la que, en tal caso, no sería difícil derrotar. El entusiasmo que la declaración de guerra produjo en Alemania fué indescriptible. Se creía en una victoria inmediata y se esperaba que ésta fuese la ocasión de aplastar para siempre a Francia y a Inglaterra.

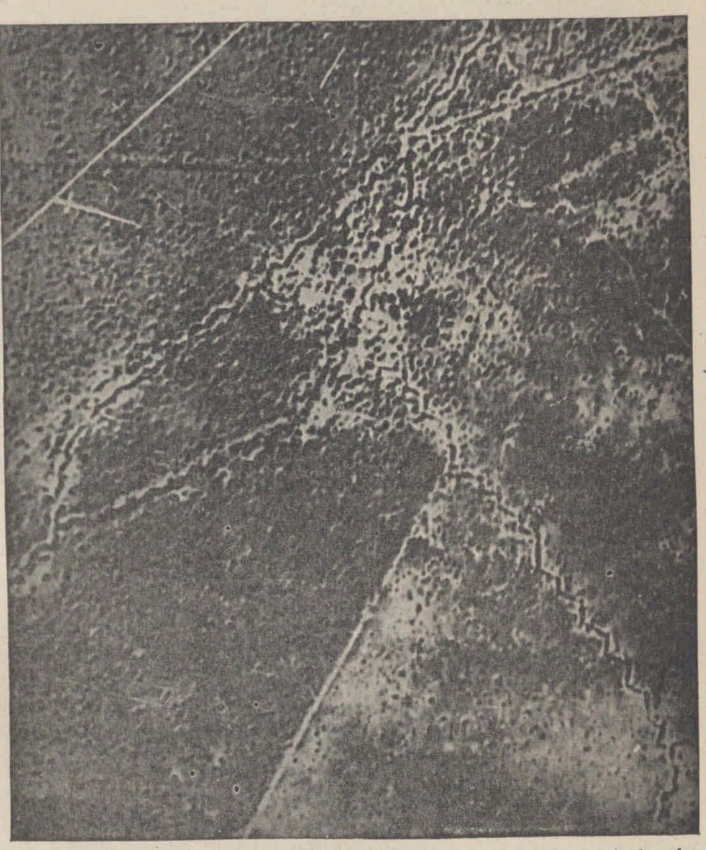
Fotografía aérea de unas líneas de trincheras antes del bombardeo por cañones de largo alcance. (Véase figura de la pág. 2839.)

En Francia, donde se conocía la formidable potencia del ejército alemán, produjo la noticia de la guerra un efecto de estupor; pero pronto reaccionó el pueblo francés y se dispuso a luchar hasta la muerte. En ningún momento de su vida habría parecido más frívola Francia. Todos esperaban que sería incapaz de combatir. ¡Gloriosa lección la que los franceses preparaban al mundo entero! El presidente de la República francesa, M. Poincaré, y el presidente del Consejo de ministros, M. Viviani, se encontraban en Rusia en visita oficial a la corte de los zares. Precipitaron su regreso, en vista del giro que los acontecimientos tomaban. Y ya estaban de vuelta en París antes del 1 de agosto.

Se inició el choque occidental por medio de un avance alemán contra la fortaleza belga de Lieja; el día 3 de agosto comenzó el ataque. Todas las fuerzas de que disponía Alberto I, rey de los belgas, fueron puestas en pie de guerra contra la invasión alemana. Mientras tanto, Francia movilizaba sus tropas para organizar el choque con las alemanas en dirección a la frontera germánica, creyendo que por allí vendría el avance principal. Sin embargo, hubo de rectificar el Estado Mayor francés todos sus planes, porque pronto se recibieron noticias de que la marcha alemana contra Francia no aprovecharía las fronteras del Este, sino que en forma de arco bajaría sobre París, atravesando las pacíficas tierras de Bélgica. Alemania, que había anunciado su propósito de movilizar ocho, nueve o diez millones de hombres si era necesario, para aplastar a todos sus enemigos, y que poseía cantidades de material de guerra increíbles, tanto en cañones

como en fusiles, ametralladoras y municiones, reunió en la frontera de Bélgica y de Francia millón y medio de hombres en el plazo de doce días. Estos hombres estaban divididos en ocho ejércitos, encomendados, respectivamente, a los generales von Klück, von Bülow, von Haussen, duque de Wurtemberg, príncipe heredero Federico Guillermo de Prusia, príncipe Ruperto de Baviera, von Heeringen y von Deimling. La línea que formaban esos ejércitos iba desde las cercanías de Lieja hasta las montañas de la Alsacia.

Francia, por su parte, solamente podía oponer 800.000 hombres al ejército alemán, y aunque estaba apoyada por Inglaterra, poco podía esperar de ésta en aquellos primeros tiempos. Las líneas francesas estaban divididas en seis ejércitos, que mandaban los generales Pau, Dubail, Castelnau. Ruffey, Langle de Cary y Laurezac. Esta línea estaba tendida desde Rocroi hasta Belfort.



Fotografía aérea de las mismas líneas representadas en la figura de la pág. 2838, después de bombardeadas. Se ve bien cómo las explosiones de las granadas han borrado casi las líneas en zigzag que formaban las trincheras.

Los belgas movilizaron 120.000 hombres para oponer resistencia a la tromba de combatientes alemanes. En estas condiciones se rompió el fuego de la batalla.

El primer asalto, como ya se ha dicho, fué realizado contra Lieja. El día 7 cayó la fortaleza en manos de los alemanes, quedando prisionero de los vencedores el general Leman, defensor de la ciudadela. Siguieron avanzando las tropas alemanas y extendiéndose por todas las comarcas belgas. El día 20 fué ocupada por tropas de Guillermo II la capital belga: Bruselas. Ese mismo día los ejércitos alemanes más poderosos se arrojaban sobre Namur y rechazaban sobre la zona minera y la ciudad de Charleroi a las tropas francesas, que a toda prisa habían tenido que rectificar su primera movilización y acudir a Bélgica, en vista de que por allí se les venía la tempestad devastadora de la invasión alemana. El citado día 20 comenzó por un gigantesco choque de masas enemigas la famosa batalla de Charleroi.

En el momento de comenzar el combate llegaron en auxilio de los franceses las primeras tropas inglesas, calculadas en 60.000 hombres y mandadas por el general French, que más tarde fué ascendido a mariscal. Como generalísimo de las tropas alemanas figu-

raba el mariscal Moltke, sobrino de aquel famoso Moltke que en 1870 derrotó a los ejércitos de Napoleón III y consiguió un gran triunfo para la corona de Prusia. Al frente de los ejércitos aliados figuraba el generalísimo francés Joffre, a quien los soldados conocían por el nombre de «El Buen Padre». Duró la batalla de Charleroi desde el 20 al 24 de agosto. Combatieron todos los ejércitos con feroz energía; pero, al anochecer del día 24, los franceses e ingleses tuvieron que darse por vencidos en aquel choque y retirarse a toda prisa hacia el Sur. Todo el Brabante y toda la región del Sambre y del Mosa quedaban en manos de Alemania, y comenzaba veloz y trágico el avance imperial hacia París, capital de Francia, bajo cuyo Arco del Triunfo quería desfilar el emperador Guillermo al frente de sus poderosísimos ejércitos.

Poco antes de esa batalla de Charleroi habían intentado los franceses invadir comarcas alemanas por la frontera del Este; pero en todas sus intentonas fracasaron y tuvieron que replegarse a sus posiciones. En muy pocos días, los alemanes, atravesando como una tromba todo el norte de Francia, se plantaron en las puertas de París. Había puntos en que sólo les separaban de la capital unos 30 kilómetros de distancia. La línea alemana de marcha se extendía desde París hasta Nancy, y trataba de envolver a todo el ejército francés al mismo tiempo que atacaba a París, cercaba la ciudad y creía poder conquistarla en pocos días. Comarcas y ciudades riquísimas de Francia fueron cayendo en manos alemanas como racimos. Maubeuge, Tourcoing, Lille, Roubaix, Arras, Cambrai, San Quintín, Guise, Valenciennes, Lens, Laon, Reims, Charleville, Sedán y otras muchas quedaban bajo la mano imperial de Guillermo II. Todo daba a entender que el ejército alemán era invencible.

De pronto, las tropas del príncipe Ruperto de Baviera se lanzan violentísimamente contra las fortificaciones de Nancy, que estaban guardadas por el ejército francés del general Castelnau. El choque fué espantoso, y al cabo de cuatro días de lucha los alemanes tuvieron que renunciar a la conquista. Ello no hizo sin embargo, mella alguna en el avance aleman sobre Paris. Y cuando el mundo entero aguardaba la noticia de la caída de la capital de Francia se recibió un comunicado oficial del Estado Mayor de Francia anunciando que en toda la línea, a lo largo de las llanuras francesas, desde París hasta la frontera alemana, se había trabado una tremenda batalla, en la cual los atacantes eran los ejércitos franco-ingleses. El generalísimo Joffre, aprovechando una mala situación de las líneas enemigas, había ordenado un ataque fulminante por el flanco derecho alemán; ataque que fué mandado por el general Manoury, que al frente del sexto ejército, de nueva creación, y apoyado por tropas frescas que desde París le enviaba en automóviles el general Gallieni, gobernador de la plaza, cayó como un rayo sobre la retaguardia del primer ejército alemán, que mandaba von Klück.

El Gobierno de la República francesa, en vista de la proximidad de los alemanes y de la posibilidad de que París cayera en sus manos, se trasladó a Burdeos, con el fin, según declaró, de seguir trabajando por la defensa nacional.

El 6 de septiembre dió comienzo el gran choque a que aludimos, choque conocido universalmente con el nombre de batalla del Marne. Merece ser conocida la orden del día con que el generalísimo francés animó a sus tropas para el combate. Decía así: «En el momento en que se empeña la batalla de la cual depende la salvación del país, no es ocasión ya de mirar hacia atrás. Todos los esfuerzos deben ser consagrados a atacar y a rechazar al enemigo. Toda tropa que no pueda avanzar deberá, cueste lo que cueste, conservar el terreno conquistado y dejarse matar en él antes que retroceder.» Esta orden del día inflamó el espíritu de los soldados franceses. Desde el día 6 de septiembre hasta el día 12 del



Explosión de una mina, preliminar a un asalto.

mismo mes, en que terminó la batalla, ochocientos mil franceses y sesenta mil ingleses pelearon furiosamente contra un millón de alemanes, y al terminar la batalla, las tropas del emperador Guillermo II habían tenido que retroceder cien kilómetros, sufriendo la derrota más grande de sus días y acaso la que decidió completamente el curso de la guerra. París estaba salvado y Francia se veía capaz de alcanzar la victoria, aun luchando contra aquel ejército de titanes. La impresión que esta victoria de Francia produjo en el mundo entero fué tal, que desde aquel momento el ejército alemán pasó a ser considerado en muchos centros como predestinado a la derrota final.

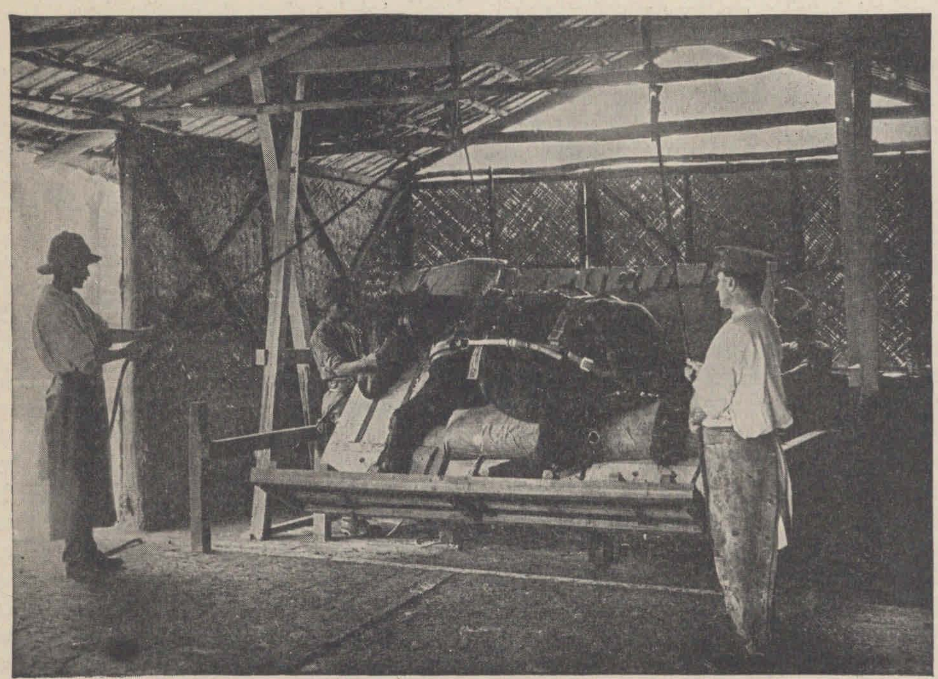
Al replegarse los alemanes derrotados se acogieron a la línea de defensa que les deparaba el río Aisne, donde fueron nuevamente atacados por los franceses. Pero esta vez el ejército francés se encontraba muy fatigado por el esfuerzo anterior y no pudo desalojar a los alemanes de sus posiciones, a pesar de la violencia de los combates librados del 9 al 30 de septiembre. Fueron corriéndose las líneas aliadas, y a la par las líneas alemanas, hacia el Norte, en dirección de Bélgica, aunque sin lograr ninguna de las dos fuerzas envolver a la contraria. Así llegaron a territorio belga, precisamente en el momento en que se anunciaba al mundo la toma de la gran fortaleza belga de Amberes por el ejército alemán. En este cerco y en esta victoria utilizó Alemania por primera vez los monstruosos cañones de 42, que lanzaban a enorme distancia proyectiles de más de un metro de altura y de 420 milímetros de diámetro.

Las tropas belgas que se habían refugiado en Amberes abandonaron la plaza y descendieron hacia la frontera francesa, en donde se unieron a las tropas franco-inglesas, que subían desde el Aisne. Formaron juntas una línea a lo largo del canal belga del Iser, y allí, bajo el mando coordinador del general Foch, ofrecieron resistencia a

la avalancha alemana, que quería arrollar a sus enemigos y penetrar en los puertos de Calais y Dunquerque, desde donde les sería fácil amenazar a Inglaterra. Chocaron nuevamente las masas enemigas, que sacaban fuerzas de flaqueza y procuraban sobreponerse a las fatigas, a pesar de que el choque del Iser era el tercero que se libraba sin descanso alguno. Los preparativos de la batalla ocuparon a los alemanes hasta el 25 de octubre, y en este día se lanzaron al asalto. El choque duró hasta el 15 de noviembre, y se calcula que en esos días se dieron más de mil asaltos por parte del ejército alemán. El 15 de noviembre, los alemanes cedieron en sus ataques y desistieron de romper la línea franco-anglo-belga. Las pérdidas que habían sufrido eran espantosas, y así, después de las batallas de Charleroi, del Marne, del Aisne y del Iser, se iniciaba por parte de los dos ejércitos combatientes un período de descanso. Como resultado de esta primera etapa de la guerra, Alemania comprobaba que tenía que renunciar a victorias fáciles y que París se le escapaba de las manos. Por su parte, los aliados, convencidos de su fuerza y de la necesidad de oponerse a los alemanes, firmaban un compromiso, conocido con el nombre de «Declaración de Londres», por el cual quedaban todos obligados a luchar juntos hasta el fin, sin que a ninguno de ellos le fuera posible firmar por separado la paz con Alemania.

LA GUERRA EN EL FRENTE ORIENTAL

Desde primeros de agosto se luchaba tenazmente en el frente oriental. Los austriacos atacaron a los servios después de bombardear Belgrado. Avanzaron a través de las abruptas montañas de aquel país balcánico, y lograron rechazar a los servios mediante un doble ataque del general austriaco Potiorek, que se ejecutó brillantemente. La invasión tropezó dos veces con una tenacísima resistencia de los soldados servios, a quienes mandaba el general Putnik, inmediatamente a las órdenes del príncipe heredero, Alejandro de Servia. En la tercera invasión austriaca, la resistencia enemiga aumentó, y lanzados los servios al contraataque,



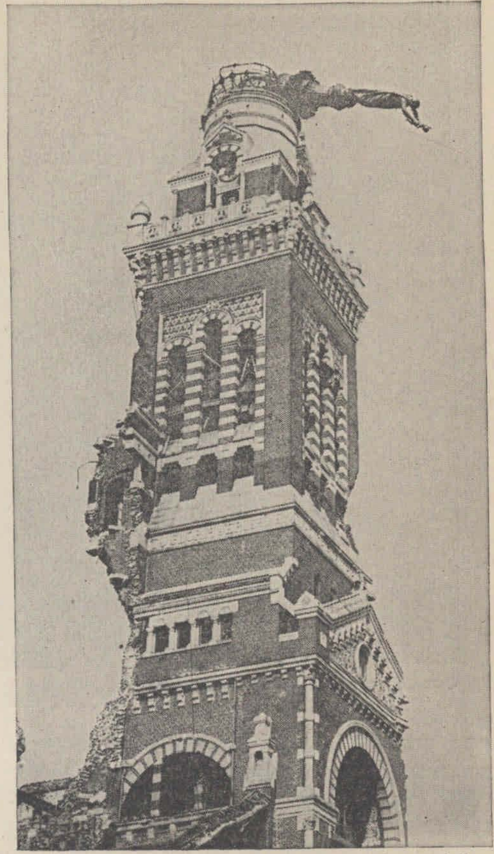
Un caballo en la mesa de operaciones durante la campaña en Mesopotamía.

produjeron tal derrota al general Potiorek, que hubo de abandonar en manos de los balcánicos sesenta mil prisioneros austriacos. Este golpe fué importante en la marcha de las operaciones austriacas.

El resto del ejército austriaco se había encaminado desde los primeros días a la frontera rusa, con objeto de impedir que los inmensos ejércitos del zar Nicolás II avanzasen sobre los dos Imperios centrales coligados. Alemania había dejado en sus fronteras con Rusia un ejército pequeño, pues, ante todo, quería aplastar definitivamente a Francia, y para ello había transportado sobre el frente occidental casi todos sus efectivos.

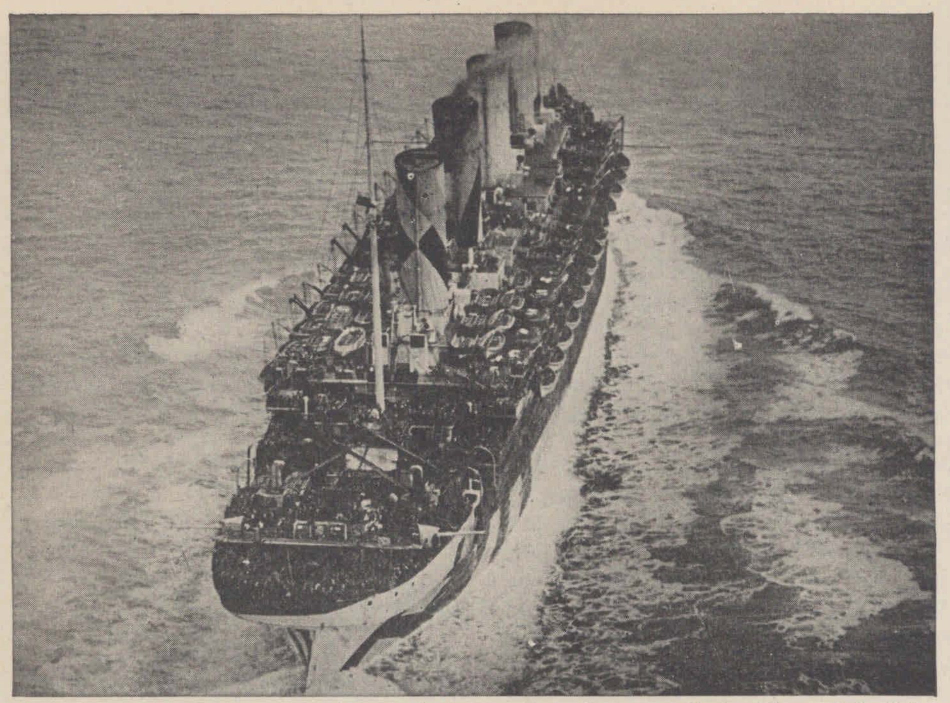
Confiaba grandemente el Imperio alemán en que se bastaría Austria para tener a raya a los moscovitas. No fué así. Toda la fortísima artillería que habían producido las fábricas austro-húngaras de Skoda y toda la infantería del emperador Francisco José no lograron impedir que los rusos iniciaran grandes batallas. En el norte de la línea oriental, sobre las fronteras ruso-alemanas, los generales rusos Renenkampf y Sasonoff atacaron con grandes masas de caballería, mientras que en el sur de esa línea otros dos generales, Brusilof y Ruski, destrozaron completamente al ejército austriaco de vanguardia, tomando al asalto la ciudad de Lemberg, invadiendo toda la Galitzia y poniendo cerco a la plaza fuerte de Przemysl. Esto ocurría desde el 20 de agosto hasta el 28 de septiembre.

En ese mismo período, el ataque moscovita, que se había iniciado al norte de la línea contra las tropas alemanas, acabó en una gran derrota rusa. Las masas de caballería de Renenkampf tuvieron que retirarse diezmadas ante el fuego alemán. Los ejércitos de Sasonoff eran aniquilados, y el propio Sasonoff quedaba muerto en el campo de batalla. Estos hechos dieron a entender claramente la enorme superioridad del mando y del ejército alemán sobre el mando y el ejército austro-húngaro. Y en consecuencia, Alemania y Austria se pusieron de acuerdo para entregar el mando de los dos ejércitos coligados en el frente oriental al mariscal Hindenburg, vencedor de Renenkampf y de Sasonoff en los campos de Tannenberg y de los pantanosos lagos de Masuria.



La torre de la iglesia de Albert, en el frente belga. Emocionaba ver cómo dejó el bombardeo alemán le efigie dorada de la virgen que coronaba el edificio. Entre las tropas aliadas fué mucho tiempo creencia general que la caída de la imagen marcaría el fin de la gran contienda.

Bien se dió cuenta Alemania de que, habiendo perdido la batalla principal en Francia—batalla del Marne—, y no habiendo podido los austriacos evitar el avance ruso, corrían gravísimo peligro las fronteras alemanas por el lado de Rusia. La enorme capacidad de movilización de hombres que se concedía al Imperio ruso hacía pensar que en poco tiempo el zar lograría lanzar contra Alemania y Austria-Hungría masas colosales de combatientes, armados



Una de las grandes ventajas conseguidas por la supremacía naval: el transatlántico *Olympic*, de la White Star Line, transportando tropas.

con material que Francia e Inglaterra se encargarían de enviar a Rusia. Para conjurar este tremendo peligro, el Estado Mayor alemán, y sobre todo el generalísimo de Oriente, mariscal Hindenburg, concentró todos sus ejércitos orientales y se lanzó sobre la Polonia rusa, librando una de las batallas más sangrientas de la guerra. En lo más arduo de la batalla fueron cercadas, en el camino de Varsovia, las tropas alemanas que mandara el general Mackensen, y se creyó que allí habrían de capitular; pero la gran capacidad militar del mando alemán logró deshacer el peligro, romper las líneas rusas y seguir avanzando.

Consiguieron rehacerse los rusos y oponerse al avance alemán, al mismo tiempo que en el sur de la línea, en la región de Transilvania, los austriacos sufrían constantes derrotas, producidas por los rusos. Así terminó en Oriente la campaña de 1914. En el Extremo Oriente, el Japón, fiel a su alianza con Inglaterra, conquistó en ocho días la colonia alemana de Kiao-Chao.

TURQUIA ENTRA EN LA GUERRA

En el otoño de 1914, un nuevo acontecimiento vino a unirse a la gran guerra europea: fué la intervención de Turquía en la contienda, al lado de Alemania y de Austria. Desde 1908, época del triunfo de los «jóvenes turcos» en Constantinopla, Turquía llevaba a cabo una política de amistad hacia Alemania. Varios generales alemanes estaban al frente del ejército otomano. No causó, pues, ninguna sorpresa el hecho de que en el mes de agosto de 1914 dos cruceros alemanes, llamados *Goeben* y *Breslau*, se refugiaran en el puerto de Constantinopla como en casa amiga.

No quisieron llevar los aliados la persecución de estos cruceros hasta dicho puerto, por no atentar contra la neutralidad turca. Pero, en vista de que esos dos cruceros alemanes utilizaban como base naval el puerto de Constantinopla para sus incursiones contra la costa rusa, hubieron los aliados de declarar la guerra a Turquía con fecha 3 de noviembre de 1914.



Camilleros de la Cruz Roja sacando un herido de una trinchera.



Aspecto caracteristico de un puesto de socorro en las inmediaciones de la línea de fuego, donde los heridos recibían los cuidados más necesarios.



© Los señores Brown y Dawson.
Posiciones rusas capturadas en los campos de Galitzia. Es casi imposible descubrir a corta distancia esta línea de trincheras. El corte oscuro en el terraplén indica el emplazamiento de un cañón mecánico.

Alambres enredados en las rocas en un punto elevado del frente italiano.